Porque hasta que el Señor acabe de purgarla de la manera que El lo quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor; cuánto más, que puede el alma tan poco en este puesto, como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra atado de pies y manos, sin poderse mover ni ver, ni sentir algún favor de arriba ni de abajo, hasta que aquí se humille, hablande y purifique el espíritu, y se ponga tan sutil y sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, según el grado que su misericordia quisiere concederle de unión de amor; que conforme a esto es la purgación, más o menos fuerte y de más o menos tiempo.

4. Mas si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años; puesto que (1) en estos medios hay interpolaciones de alivios, en que, por dispensación de Dios, dejando esta contemplación oscura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma, bien como salida de tal mazmorra y tales prisiones, y puesta en recreación de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad, amorosa con Dios con abundancia fácil de comunicación espiritual. Lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgación, y prenuncio de la abundancia que espera. Y aun esto es tanto a veces, que le parece al alma que son acabados ya sus trabajos. Porque de esta calidad son las cosas espirituales en el alma, cuando son más puramente espirituales; que cuando son trabajos, le parece al alma que nunca ha de salir de ellos, y que se le acabaron ya los bienes, como se ha visto por las autoridades alega-

(1) *Puesto que* = si bien.

das; y cuando son bienes espirituales, también le parece al alma que ya se acabaron sus males, y que no le faltarán ya los bienes, como David (*Sal.* 39, 7), viéndose en ellos, lo confesó diciendo: *Yo dije en mi abundancia: No me moveré para siempre.*

5. Y esto acaece porque la posesión actual de un contrario en el espíritu, de suyo remueve la actual posesión y sentimiento del otro contrario; lo cual no acaece así en la parte sensitiva del alma, por ser flaca su aprensión. Mas como quiera que el espíritu aún no está aquí bien purgado y limpio de las aficiones que de la parte inferior tiene contraídas, aunque en cuanto espíritu no se mude, en cuanto está afectado con ellas se podrá mudar en penas, como vemos que después se mudó David, sintiendo muchos males y penas, aunque en *el tiempo de su abundancia* le había parecido y dicho que *no se había de mover jamás.* Así el alma, como entonces se ve actuada con aquella abundancia de bienes espirituales, no echando de ver la raíz de la imperfección e impureza que todavía le queda, piensa que se acabaron sus trabajos.

6. Mas este pensamiento las menos veces acaece, porque hasta que esté acabada de hacer la purificación espiritual, muy raras veces suele ser la comunicación suave tan abundante que le encubra la raíz que queda, de manera que deje el alma de sentir allá en el interior un no sé qué que le falta o que está por hacer, que no le deja cumplidamente gozar de aquel alivio, sintiendo allá dentro como un enemigo suyo, que aunque está como sosegado y dormido, se recela que volverá a revivir y a hacer de las suyas. Y así es que cuando

más segura está y menos se cata, vuelve a tragar y absorber al alma en otro grado peor y más duro y oscuro y lastimero que el pasado, el cual durará otra temporada, por ventura más larga que la primera. Y aquí el alma otra vez viene a creer que todos los bienes están acabados para siempre. Que no le basta la experiencia que tuvo del bien pasado que gozó después del primer trabajo, en que también pensaba que ya no había más que penar, para dejar de creer en este segundo grado de aprieto que está ya todo acabado, y que no volverá como la vez pasada. Porque, como digo, esta creencia tan confirmada se causa en el alma de la actual aprensión del espíritu, que aniquila en él todo lo que a ella es contrario.

7. Esta es la causa por qué los que yacen en el purgatorio padecen grandes dudas de que han de salir de allí jamás, y de que se han de acabar sus penas. Porque, aunque *habitualmente* tienen las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, la *actualidad* que tienen del sentimiento de las penas y privación de Dios, no les deja gozar del bien actual y consuelo de estas virtudes. Porque aunque ellos echan de ver que quieren bien a Dios, no les consuela esto, porque no les parece que los quiere Dios a ellos ni que de tal cosa son dignos; antes, como se ven privados de El, puestos en sus miserias, paréceles que tienen muy bien en sí por qué ser aborrecidos y desechados de Dios con mucha razón para siempre (1). Y así el alma aquí en

---

(1) No achaca el Santo a las almas del Purgatorio *error* alguno sobre su eterna felicidad, sino un *sentimiento* profundo de su indignidad, y un *temor* por su suerte, que no las deja *gozar* de las virtudes que poseen: fe, esperanza y caridad.

esta purgación, aunque ella ve quiere bien a Dios y que daría mil vidas por El—como es así la verdad, porque en estos trabajos aman con muchas veras estas almas a su Dios—, con todo no le es alivio esto, antes le causa más pena; porque queriéndole ella tanto, que no tiene otra cosa que le de cuidado, como se ve tan miserable, no pudiendo creer lo que Dios la quiere a ella, ni que tiene ni tendrá jamás por qué, sino antes que tiene por qué ser aborrecida, no sólo de El, sino de toda criatura para siempre, duélese de ver en sí causas porque merezca ser desechada de quien ella tanto quiere y desea.

CAPITULO 8

De otras penas que afligen al alma en este estado.

1. Pero hay aquí otra cosa que al alma aqueja y desconsuela mucho, y es que, como esta oscura Noche la tiene así impedidas las potencias y aficiones, no puede levantar el afecto ni mente a Dios, ni le puede rogar, pareciéndole lo que a Jeremías *(Tren.,* 3, 14) *que ha puesto Dios una nube delante porque no pase la oración.* Porque esto quiere decir lo que en la autoridad alegada dice, es a saber: *Atrancó y cerró mis vías con piedras cuadradas.* Y si algunas veces ruega, es tan sin fuerza y sin jugo, que le parece que ni le oye Dios ni hace caso de ello, como también este Profeta lo da a entender en la misma autoridad, diciendo: *Cuando clamare y rogare, ha excluido mi oración.* A la verdad no es este tiempo de hablar con Dios, sino de *poner,* como dice Jeremías, *su boca en el polvo, si por ventura le viniere algu-*

na actual *esperanza,* sufriendo con paciencia su purgación, Dios es el que anda aquí haciendo pasivamente la obra en el alma; por eso ella no puede nada. De donde ni rezar ni asistir con advertencia a las cosas divinas puede, ni menos a las demás cosas y tratos temporales. Tiene no sólo esto, sino también muchas veces tales enajenamientos y tan profundos olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni pensó, ni qué es lo que hace ni qué es lo que va a hacer, ni puede advertir, aunque quiera, a nada de aquello en que está.

2. Que por cuanto aquí no sólo se purga el entendimiento de su lumbre y la voluntad de sus aficiones, sino también la memoria de sus discursos y noticias, conviene también aniquilarla acerca de todas ellas, para que se cumpla lo que de sí dice David *(Sal.* 72, 22) en esta purgación, es a saber: *Fui yo aniquilado, y no supe.* El cual *no saber* se refiere a estas insipiencias y olvidos de la memoria, las cuales enajenaciones y olvidos son causados del interior recogimiento en que esta contemplación absorbe al alma. Porque, para que el alma quede dispuesta y templada a lo divino, con sus potencias para la divina unión de amor, convenía que primero fuese absorta con todas ellas en esta divina y oscura luz espiritual de contemplación, y así fuese abstraída de todas las aficiones y aprensiones de criaturas, lo cual singularmente dura según es la intención.

Y así, cuanto esta divina luz embiste más sencilla y pura en el alma, tanto más la oscurece, vacía y aniquila acerca de sus aprensiones y aficiones particulares, así de cosas de arriba como de abajo; y también cuanto menos sencilla y pura embiste, tanto menos la priva y menos oscura le

es. Que es cosa que parece increíble decir que la luz sobrenatural y divina tanto más oscurece al alma cuando ella tiene más de claridad y pureza; y cuanto menos, le sea menos oscura. Lo cual se entiende bien si consideramos lo que arriba queda probado en la sentencia del filósofo, conviene a saber, que las cosas sobrenaturales tanto son a nuestro entendimiento más oscuras, cuando ellas en sí son más claras y manifiestas.

3. Y para que más claramente se entienda, pondremos aquí una semejanza de la luz natural y común. Vemos que el rayo del sol que entra por la ventana, cuanto más puro y limpio es de átomos, tanto menos claramente se ve, y cuanto más de átomos y motas tiene el aire, tanto parece más claro al ojo. La causa es porque la luz no es la que se ve por sí misma, sino el medio con que se ven las demás cosas que embiste; y entonces ella por la reverberación que hace en ellas, también se ve, y si no diese en ellas, ni ellas ni ella se verían; de tal manera que si el rayo del sol entrase por la ventana de un aposento y pasase por otra de la otra parte, por medio del aposento, como no topase en alguna cosa ni hubiese en el aire átomos en que reverberare, no tendría el aposento más luz que antes, ni el rayo se echaría de ver; antes, si bien se mirase, entonces hay más oscuridad por donde está el rayo, porque priva y oscurece algo de la otra luz, y él no se ve, porque, como habemos dicho, no hay objetos visibles en que puede reverberar (1).

4. Pues ni más ni menos hace este divino rayo de contemplación en el alma, que embistiendo en

(1) La misma comparación trae el autor en la SUBIDA..., libro 2.º, cap. 14, núm. 4.

ella con su lumbre divina, excede la natural del alma, y en esto la oscurece y priva de todas las aprensiones y afecciones naturales que antes, mediante la luz natural, aprendía, y así no sólo la deja oscura, sino también vacía, según las potencias y apetitos, así espirituales como naturales. Y dejándole así vacía y a oscuras, la purga e ilumina con divina luz espiritual, sin pensar el alma que la tiene, sino que está en tinieblas, como habemos dicho del rayo, que, aunque está en medio del aposento, si está puro y no tiene en qué topar, no se ve.

Pero con esta luz espiritual de que está embestida el alma, cuando tiene en qué reverberar, esto es, cuando se ofrece alguna cosa que entender espiritual de perfección o imperfección, por mínimo átomo que sea, o juicio de lo que es falso o verdadero, luego lo ve y entiende mucho más claramente que antes que estuviese en estas oscuridades. Y ni más ni menos conoce la luz que tiene espiritual para conocer con facilidad la imperfección que se le ofrece; así como cuando el rayo que habemos dicho está oscuro en el aposento, aunque él no se ve, si se ofrece pasar por él una mano o cualquiera cosa, luego se ve la mano y se conoce que estaba allí aquella luz del sol.

5. Donde por ser esta luz espiritual tan sencilla, pura y general, no afectada ni particularizada a ningún particular inteligible, natural ni divino —pues acerca de todas estas aprensiones tiene las potencias del alma vacías y aniquiladas—, de aquí es que con grande generalidad y facilidad conoce y penetra el alma cualquiera cosa de arriba o de abajo que se ofrece; por eso dijo el Apóstol (1 *Cor.*, 2, 10): *Que el espiritual todas las cosas penetra, hasta los profundos de Dios*. Porque de esta

sabiduría general y sencilla se entiende lo que por el Sabio (7, 24) dice el Espíritu Santo, es a saber: *Que toca hasta doquiera por su pureza;* es a saber, porque no se particulariza a ningún particular inteligible ni afición. Y esta es la propiedad del espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares aficiones e inteligencias, que en este no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío, oscuridad y tinieblas, lo abraza todo con gran disposición para que se verifique en él lo de san Pablo (2 *Cor.*, 6, 10): *Nihil habentes, et omnia possidentes.* Porque tal bienaventuranza se debía a tal pobreza de espíritu.

CAPITULO 9

Cómo aunque esta Noche oscurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz.

1. Resta, pues, aquí decir que esta dichosa Noche, aunque oscurece al espíritu, no lo hace sino por darle luz de todas las cosas; y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y levantarle; y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse a gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo. Porque así como los elementos para que se comuniquen en todos los compuestos y entes naturales conviene que con ninguna particularidad de color, olor ni sabor estén afectados, para poder concurrir con todos los sabores, olores y colores, así al espíritu le conviene estar sencillo, puro y desnudo de todas maneras de aficiones naturales, así actuales como

habituales, para poder comunicar con libertad con la anchura del espíritu con la divina Sabiduría, en que por su limpieza gusta todos los sabores de todas las cosas con cierta eminencia de excelencia. Y sin esta purgación en ninguna manera podrá sentir ni gustar la satisfacción de toda esta abundancia de sabores espirituales. Porque una sola afición que tenga, o particularidad a que esté el espíritu asido, actual o habitualmente, basta para no sentir ni gustar ni comunicar la delicadeza e íntimo sabor del espíritu de amor, que contiene en sí todos los sabores con grande eminencia.

2. Porque así como los hijos de Israel, sólo porque les había quedado una sola afición y memoria de las carnes y comidas que habían gustado en Egipto *(Ex.,* 16, 3), no podían gustar del delicado pan de ángeles en el desierto, que era el maná, el cual, como dice la divina Escritura *(Sap.,* 16, 21), tenía *suavidad de todos los gustos y se convertía al gusto que cada uno quería;* así no puede llegar a gustar los deleites del espíritu de libertad, según la voluntad desea, el espíritu que todavía estuviere afectado con alguna afición actual o habitual, o con particulares inteligencias o cualquiera otra aprensión.

La razón de esto es porque las aficiones, sentimientos y aprensiones del espíritu perfecto, porque son divinas, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural y eminente, que para poseer las unas actual y habitualmente se han de expeler y aniquilar las otras, como hacen dos contrarios, que no pueden estar juntos en un sujeto. Por tanto, conviene mucho, y es necesario, para que el alma haya de pasar a estas grandezas, que esta noche oscura de contemplación la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola a oscuras, seca,

apretada y vacía; porque la luz que se le ha de dar es una altísima luz divina, que excede toda luz natural, y que no cabe naturalmente en el entendimiento.

3. Y así conviene que para que el entendimiento pueda llegar a unirse con ella y hacerse divino en el estado de perfección, sea primero purgado y aniquilado en su lumbre natural, poniéndolo actualmente a oscuras por medio de esta oscura contemplación.

La cual tiniebla conviene que le dure tanto cuanto sea menester para expeler y aniquilar el hábito que de mucho tiempo tiene en su manera de entender, en sí formado, y en su lugar quede la ilustración y luz divina. Y así, por cuanto aquella fuerza que tenía de entender antes es natural, de aquí se sigue que las tinieblas que aquí padece son profundas y horribles y muy penosas, porque como se sienten en la profunda substancia del espíritu, parecen tinieblas substanciales.

Ni más ni menos, por cuanto la afición de amor que se le ha de dar en la divina unión de amor es divina, y por eso muy espiritual, sutil y delicada, y muy interior, que excede a todo afecto y sentimiento de la voluntad y todo apetito de ella, conviene que para que la voluntad pueda venir a sentir y gustar por unión de amor esta divina afición y deleite tan subido, que no cae en la voluntad naturalmente, sea primero purgada y aniquilada en todas sus aficiones y sentimientos, dejándola en seco y en aprieto tanto cuanto conviene según el hábito que tenía de naturales aficiones; así acerca de lo divino como de lo humano, para que extenuada, enjuta y bien ejercitada en el fuego de esta oscura contemplación, de todo género de demonio—como el corazón del pez de Tobías (6, 19)

en las brasas—, tenga disposición pura y sencilla y el paladar purgado y sano para sentir los subidos y peregrinos toques del divino amor en que se verá transformada divinamente, expelidas todas las contrariedades actuales y habituales, como decimos, que antes tenía.

4. También, porque para la dicha unión a que la dispone y encamina esta oscura Noche ha de estar el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios, que encierra en sí innumerables bienes de deleites que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer, porque en tan flaco e impuro natural no la puede recibir; porque, según dice Isaías (64, 4): *Ni ojo lo vio, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que aparejó*, etc., conviene que primero sea puesta el alma en vacío y en pobreza de espíritu, purgándola de todo arrimo, consuelo y aprensión natural acerca de todo lo de arriba y de abajo, para que así vacía esté bien pobre de espíritu y desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta Noche se alcanza, que es el estado de la unión con Dios.

5. Y porque el alma ha de venir a tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma—porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere el espíritu del sentido y lo divino de lo humano—, conviénele al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del común y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplación en grande angustia y aprieto, y a la memoria remota de toda amigable y pacífica no-

ticia, con sentido interior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que solían ser.

Porque en esto va sacando esta *Noche* al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno de toda humana manera. Aquí le parece al alma que anda fuera de sí en penas. Otras veces piensa si es encantamiento el que tiene o embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas siendo las mismas que solía tratar comúnmente. De lo cual es causa el irse ya haciendo remota el alma y ajena del común sentido y noticia acerca de las cosas, para que, aniquilada en éste, quede informada en el divino, que es más de la otra vida que de ésta.

6. Todas estas aflictivas purgaciones del espíritu para reengendrarla en vida de espíritu por medio de esta divina influencia, las padece el alma y con estos dolores viene a parir el espíritu de salud, porque se cumpla la sentencia de Isaías (24, 17-18), que dice: *De tu faz, Señor, concebimos, y estuvimos como con dolores de parto, y parimos el espíritu de salud.*

Demás de esto, porque por medio de esta Noche contemplativa se dispone el alma para venir a la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable, que, como dice la Glosa, excede todo sentido, conviénele al alma que toda la paz primera deje—que por cuanto estaba envuelta con imperfecciones, no era paz, aunque a la dicha alma le parecía, porque andaba a su sabor, que era paz; paz dos veces, esto es, que tenía ya adquirida la paz del sentido y del espíritu, según se veía llena de abundancias espirituales de esta paz del senti-

do y del espíritu, porque, como digo, aún es imperfecta—y sea primero purgada en ella y quitada y perturbada de la paz; como lo sentía y lloraba Jeremías *(Tren.*, 3, 17) en la autoridad que de él alegamos para declarar las calamidades de esta Noche pasada, diciendo: *Quitada y despedida está mi alma de la paz.*

7. Esta es una penosa turbación de muchos recelos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que con la aprensión y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre. De aquí es que trae en el espíritu un dolor y gemido tan profundo que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos a veces por la boca y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer, aunque las menos veces hay este alivio. David *(Sal.* 37, 9) declaró muy bien esto, como quien tan bien lo experimentó, en un salmo, diciendo: *Fui muy afligido y humillado, rugía del gemido de mi corazón.* El cual rugido es cosa de gran dolor; porque algunas veces, con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, tanto se levanta y cerca en dolor y pena las afecciones de alma, que no sé cómo se podría dar a entender sino por la semejanza que el santo Job (3, 24), estando en el mismo trabajo, de él por estas palabras dice: *De la manera que son los avenidas de las aguas, así el rugido mío.* Porque así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas, que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma algunas veces crece tanto, que anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y fuerzas sobre todo lo que se puede encarecer.

8. Tal es la obra que en ella hace esta *Noche* encubridora de las esperanzas de la luz del día. Porque a este propósito dice también el profeta Job (30, 17): *En la noche es horadada mi boca con dolores, y los que me comen no duermen.* Porque aquí por *la boca* se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores, que en despedazar al alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos que así traspasan al alma nunca cesan.

9. Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda; y el dolor espiritual es íntimo y delgado, porque el amor que ha de poseeer ha de ser también muy íntimo y apurado. Porque cuanto más íntima y esmerada ha de ser y quedar la obra, tanto más íntima, esmerada y pura ha de ser la labor, y tanto más fuerte cuanto el edificio más firme. Por eso, como dice *Job* (30, 16), *se está marchitando en sí misma el alma, e hirviendo sus interiores sin alguna esperanza.* Y ni más ni menos, porque el alma ha de venir a poseer y gozar en el estado de perfección, a que por medio de esta purgativa Noche camina, de innumerables bienes de dones y virtudes, así según la substancia del alma, como también según las potencias de ella, conviene que primero generalmente se vea y sienta ajena y privada de todos ellos y vacía y pobre de ellos; y le parezca que de ellos está tan lejos, que no se pueda persuadir que jamás ha de venir a ellos, sino que todo bien se le acabó. Como también lo da a entender Jeremías *(Tren.*, 3, 17) en la dicha autoridad, cuando dice: *Olvidado estoy de los bienes.*

10. Pero veamos ahora cuál sea la causa por qué siendo esta luz de contemplación tan suave

y amigable para el alma, que no hay más que desear—pues, como arriba queda dicho, es la misma con que se ha de unir el alma y hallar en ella todos los bienes en el estado de la perfección que desea—le cause con su embestimiento a estos principios tan penosos y esquivos efectos como aquí habemos dicho.

11. A esta duda fácilmente se responde diciendo lo que ya en parte habemos dicho, y es que la causa de esto es que no hay de parte de la contemplación e infusión divina cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite, como después se dirá. Sino que la causa es la flaqueza e imperfección que entocnes tiene el alma, y disposiciones que en sí tiene contrarias para recibirlos. En los cuales, embistiendo la dicha lumbre divina, ha de padecer el alma de la manera ya dicha.

CAPITULO 10

Explícase de raíz esta purgación por una comparación.

1. De donde, para mayor claridad de lo dicho, y de lo que se ha de decir, conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia o luz divina que aquí decimos, de la misma manera se ha en el alma purgándola y disponiéndola para unirla consigo perfectamente, que se ha el fuego en el madero para transformarlo en sí. Porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle a secar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y

feo, y aun de mal olor, y yéndole secando poco a poco, le va sacando a luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y finalmente, comenzándole a inflamar por de fuera y calentarle, viene a transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual término ya de parte del madero ninguna pasión hay ni acción propia, salvo la gravedad y cantidad más espesa que la del fuego, porque las propiedades del fuego y acciones tiene en sí; porque está seco y seca; está caliente y calienta; está claro y esclarece; está ligero mucho más que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos.

2. A este mismo modo, pues, habemos de filosofar acerca de este divino fuego de amor de contemplación, que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir afuera sus fealdades, y pónela negra y oscura, y así parece peor que antes, y más fea y abominable que solía. Porque como esta divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que por estar ellos muy arraigados y asentados en el alma no los echaba ella de ver, y así no entendía que tenía en sí tanto mal; y ahora, para echarlos fuera y aniquilarlos se los ponen al ojo, y los ve tan claramente alumbrada por esta oscura luz de divina contemplación; aunque no es peor que antes, ni en sí ni para con Dios, como ve en sí lo que antes no veía, parécele claro que está tal, que no sólo no está para que Dios la vea, mas que está para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida.

De esta comparación podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

3. Lo primero, podemos entender cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar en el alma, es la misma que al principio la purga y dispone; así como el mismo fuego que transforma en sí el madero incorporándose en él, es el que primero le estuvo disponiendo para el mismo efecto.

4. Lo segundo, echaremos de ver cómo estas penalidades no las siente el alma de parte de la dicha Sabiduría, pues, como dice el Sabio (7, 11): *Todos los bienes juntos le vienen al alma con ella;* sino de parte de la flaqueza e imperfección que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgación su luz divina, suavidad y deleite—así como el madero que no puede, luego que se le aplica el fuego, ser transformado hasta que sea dispuesto—, y por eso pena tanto. Lo cual el Eclesiástico (51, 29) aprueba bien, diciendo lo que él padeció para venirse a unir con ella y gozarla, diciendo así: *Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseerá buena posesión.*

5. Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio. Porque el fuego no tendría en ellos poder, aunque se les aplicase, si ellos no tuviesen imperfecciones en qué padecer, que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada no hay más que arder. Como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar.

6. Lo cuarto, sacaremos de aquí cómo al modo que se va purgando y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en amor; así como el madero al modo y paso que se va disponiendo, se va más calentando. Aunque

esta inflamación de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces cuando deja de embestir la contemplación tan fuertemente, porque entonces tiene lugar el alma de ver, y aun de gozar, la labor que se va haciendo, porque se la descubren; porque parece que alzan la mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo; y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra. Así también, cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuánto le haya inflamado.

7. Lo quinto, sacaremos también de esta comparación lo que arriba queda dicho, conviene a saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma a padecer más intensa y delgadamente que antes. Porque después de aquella muestra que se hace, después que se han purificado las imperfecciones más de afuera, vuelve el fuego de amor a herir en lo que está por consumir y purificar más adentro. En lo cual es más íntimo, sutil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las más íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y más arraigadas en lo de más adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que cuanto el fuego va entrando más adentro, va con más fuerza y furor disponiendo a lo más interior para poseerlo.

8. Lo sexto, también se sacará de aquí la causa por qué le parece al alma que todo bien se le acabó, y que está llena de males, pues otra cosa en este tiempo no la llega, sino todo amarguras; así también como al madero que arde, que aire ni otra cosa da en él más que fuego consumidor. Pero des-

pués que se hagan otras muestras como las primeras, gozará más de adentro, porque ya se hizo la purificación más adentro.

9. Lo séptimo, sacaremos, que aunque el alma se goza muy anchamente en estos intervalos—tanto que, como dijimos, a veces le parece que no han de volver más—, con todo, cuanto han de volver presto no deja de sentir, si advierte—y a veces ella se hace advertir—una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido, porque parece que está amenazando para volver a embestir; y cuando es así, presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar e ilustrar más adentro, no se puede bien encubrir al alma acerca de lo ya purificado; así como también en el madero lo que más adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado. Y cuando vuelve a embestir más adentro esta purificación, no hay que maravillar que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver más a los bienes, pues que puesta en pasiones más interiores, todo el bien de afuera se le cegó.

10. Llevando, pues, delante de los ojos esta comparación con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera canción de esta oscura Noche y de sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya a tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan a cantar desde este segundo verso:

Con ansias en amores inflamada.

CAPITULO 11

Comiénzase a explicar el segundo verso de la primera canción.—Dice cómo el alma, por fruto de esos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasión de amor divino.

1. En el cual verso da a entender el alma el fuego de amor que habemos dicho, que, a manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplación penosa. La cual inflamación, aunque es en cierta manera como la que arriba declaramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquélla ésta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo, o la parte espiritual de la sensitiva. Porque ésta es una inflamación de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino en cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular, porque, como decimos, el entendimiento está a oscuras.

2. Siéntese aquí el espíritu apasionado en amor mucho, porque esta inflamación espiritual hace pasión de amor. Que por cuanto este amor es infuso, es más pasivo que activo, y así engendra en el alma pasión fuerte de amor. Va teniendo ya este amor algo de unión con Dios, y así participa algo de sus propiedades, las cuales son más acciones de Dios que de la misma alma, las cuales se sujetan a ella pasivamente, aunque el alma lo que aquí hace es dar el consentimiento; mas al calor y fuerza y temple y pasión de amor, o inflamación, como aquí la llama el alma, sólo el amor de Dios que se va uniendo con ella se le pega.

El cual amor tanto más lugar y disposición halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto más encerrados, enajenados e inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra.

3. Lo cual en esta oscura purgación, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan destetados todos los gustos, y tan recogidos, que no pueden gustar de cosa que ellos quieran. Todo lo cual hace Dios a fin de que apartándolos y recogiéndolos todos para sí, tenga el alma más fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios, que por este medio purgativo le comienza ya a dar, en que el alma ha de amar con gran fuerza de todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos del alma; lo cual no podía ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa. Que por eso, para poder David *(Sal.* 58, 10) recibir la fortaleza del amor de esta unión de Dios, decía a Dios: *Mi fortaleza guardaré para Ti;* esto es, toda la habilidad y apetitos y fuerzas de mis potencias, ni queriendo emplear su operación ni gusto fuera de Ti en otra cosa.

4. Según esto, en alguna manera se podría considerar cuánta y cuán fuerte podrá ser esta inflamación de amor en el espíritu, donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee sus fuerzas y virtudes en este amor, y así venga a cumplir de veras con el primer precepto, que no desechando nada del hombre, ni excluyendo cosa suya de este amor, dice *(Deut.*, 6, 5): *Amarás a tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu mente, de toda tu alma y de todas tus fuerzas.*

5. Recogidos, pues, aquí en esta inflamación de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada según todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podremos entender que serán los movimientos y digresiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor, y sin la posesión y satisfacción de él, en la oscuridad y duda? Sin duda padeciendo hambre, *como los canes que,* dice David *(Sal.* 58, 7, 15), *rodearon la ciudad, y no se viendo hartos* de este amor, *quedan aullando y gimiendo.* Porque el toque de este amor y fuego divino de tal manera seca el espíritu, y le enciende tanto los apetitos por satisfacer su sed de este divino amor, que da mil vueltas en sí y desea de mil modos y maneras a Dios con la codicia y deseo del apetito. David da muy bien a entender esto en un salmo (62, 2), diciendo: *Mi alma tuvo sed de Ti; cuán de muchas maneras se ha mi carne a Ti;* esto es, en deseos. Y otra traslación dice: *Mi alma tuvo sed de Ti, mi alma se pierde o perece por Ti.*

6. Esta es la causa por qué dice el alma en el verso que

Con ansias en amores inflamada.

Porque en todas las cosas y pensamientos que en sí revuelve, y en todos los negocios y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece en el deseo también a este modo de muchas maneras, en todos los tiempos y lugares, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia en la inflamada herida, según el profeta Job (7, 2-4) lo da a entender, diciendo: *así como el siervo desea la sombra, y como el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos, y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recos-*

tare a dormir, diré: ¿cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche. Hácesele a esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores *hasta las tinieblas* que aquí dice Job, hablando espiritualmente y a nuestro propósito; es un penar y padecer sin consuelo de cierta esperanza de alguna luz y bien espiritual como aquí lo padece el alma. De donde el ansia y pena de esta alma en esta inflamación de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes: lo uno, de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen; lo otro, de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula, que con su herida amorosa maravillosamente la atemoriza. Las cuales dos maneras de padecer en semejante sazón da bien a entender Isaías (26, 9), diciendo: *Mi alma te deseó en la noche;* esto es, en la miseria.

7. Y ésta es la una manera de padecer de parte de esta Noche oscura. *Pero con mi espíritu,* dice, *en mis entrañas hasta la mañana velaré a ti.*

Y ésta es la segunda manera de penar en deseo y ansia de parte del amor *en las entrañas del espíritu,* que son las aficiones espirituales.

Pero en medio de estas penas oscuras y amorosas siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces, que como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestía, de aquí es que cesando de embestir en ella, cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPITULO 12

Dice cómo esta horrible Noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría a los hombres en el suelo con la misma iluminación que purga e ilumina a los ángeles en el cielo.

1. Por lo dicho echaremos de ver cómo esta oscura Noche de fuego amoroso, así como a oscuras va purgando, así a oscuras va al alma inflamando.

Echaremos de ver también que así como se purgan los espíritus en la otra vida con fuego tenebroso material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso, espiritual. Porque ésta es la diferencia: que allá se limpian con fuego, y acá se limpian e iluminan sólo con amor. El cual amor pidió David *(Sal.* 50, 12) cuando dijo: *Cor mundum crea in me Deus*, etc. Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios. Que *los limpios de corazón* son llamados por nuestro Salvador *bienaventurados;* lo cual es tanto como decir enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

2. Y que se purgue iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa—porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde—muéstralo bien Jeremías *(Tren.*, 1, 13), donde dice: *Envió fuego en mis huesos y enseñóme.* Y David *(Sal.* 111, 7) dice que *la Sabiduría de Dios es plata examinada en fuego,* esto es, en fuego purgativo de amor. Porque esta oscura contemplación juntamente infunde en el alma amor y sabiduría, a cada uno según su

capacidad y necesidad alumbrando al alma y purgándola, como dice el Sabio *(Eccli.,* 51, 26), de sus ignorancias, como dice que lo hizo con él.

3. De aquí también inferiremos que purga estas almas y las ilumina la misma Sabiduría de Dios, que purga los ángeles de sus ignorancias, haciéndoles saber, alumbrándolos en lo que no sabían, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí a los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles e inspiraciones se dice con verdad en la Escritura y propiedad hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos también de unos en otros sin alguna dilación, así como el rayo del sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre sí; que aunque es verdad que de suyo el rayo pasa todas, todavía cada una le envía e infunde en la otra más modificado, conforme al modo de aquella vidriera algo más abreviada y remisamente, según ella está más o menos cerc del sol.

4. De donde se sigue que los superiores espíritus y los de abajo, cuanto más cercanos están de Dios, más purgados están y clarificados con más general purificación; y que los postreros recibirán esta iluminación muy más tenue y remota.

De donde se sigue que el hombre que está el postrero, hasta el cual se viene derivando esta contemplación de Dios amorosa, cuando Dios se la quiera dar, que la ha de recibir a su modo muy limitada y penosamente. Porque la luz de Dios que al ángel ilumina esclareciéndole y suavizándole en amor, por ser puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre, por ser impuro y flaco naturalmente, le ilumina como arriba queda dicho,

oscureciéndole, dándole pena y aprieto, como hace el sol al ojo enfermo, y le enamora apasionada y aflictivamente, hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole hasta que con suavidad pueda recibir la unión de esta amorosa influencia a modo de los ángeles, ya purgado, como después diremos, mediante el Señor. Pero en el entretanto, esta contemplación y noticia amorosa recíbela en el aprieto y ansia de amor que decimos aquí.

5. Esta inflamación y ansia de amor no siempre el alma la anda sintiendo. Porque a los principios que comienza esta purgación espiritual, todo se le va a este divino fuego más en enjugar y disponer la madera del alma que en calentarla; pero ya, andando el tiempo, cuando ya este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor. Aquí como se va más purgando el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece algunas veces que esta mística y amorosa teología, juntamente con inflamar la voluntad, hiere también, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbre divina, tan sabrosa y delgadamente, que ayudada de ella la voluntad se afervora maravillosamente ardiendo en ella, sin ella hacer nada, este divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego por causa de la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un salmo (38, 4), diciendo: *Calentóse mi corazón dentro de mí, y cierto fuego, en tanto que yo entendía, se encendió.*

6. Y este entendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, que se unen aquí, es cosa de gran riqueza y del ite

para el alma; porque es cierto toque en la Divinidad, y ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y así, a este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega, sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación. Mas para otros muy más bajos que ordinariamente acaecen, no es menester tanta purgación.

7. De lo que habemos dicho aquí se colige cómo en estos bienes espirituales que pasivamente se infunden por Dios en el alma, puede muy bien amar la voluntad sin entender el entendimiento; así como el entendimiento puede entender sin que ame la voluntad; porque pues esta Noche oscura de contemplación consta de luz divina y amor, así como el fuego tiene luz y calor, no es inconveniente que cuando se comunica esta luz amorosa, algunas veces hiera más en la voluntad inflamándola con el amor, dejando a oscuras el entendimiento sin herir en él con la luz; y otras, alumbrándole con la luz dando inteligencia, dejando seca la voluntad—como también acaece poder recibir el calor del fuego sin ver la luz, y también ver la luz sin recibir el calor—, y esto, obrándolo el Señor, que infunde como quiere.

CAPITULO 13

De otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura Noche de contemplación.

1. Por este modo de inflamación podemos entender algunos de los sabrosos efectos que va ya obrando en el alma esta *oscura Noche* de contemplación. Porque algunas veces, según acabamos de

decir, en medio de estas oscuridades es ilustrada el alma y *luce la luz en las tinieblas (Jn.*, 1, 5), derivándose esta inteligencia mística al entendimiento, quedándose seca la voluntad, quiero decir, sin unión actual de amor, con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra.

2. Algunas veces también hiere juntamente, como queda dicho, en la voluntad, y prende el amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias, entendimiento y voluntad, cuando se va más purgando el entendimiento tanto más perfecta y delicadamente cuanto ellas más ven. Pero antes de llegar aquí, más común es sentirse en la voluntad el toque de la inflamación que en el entendimiento el toque de la inteligencia.

3. Pero parece aquí una duda y es: ¿por qué, pues estas dos potencias se van purgando a la par, se siente a los principios más comúnmente en la voluntad la inflamación y amor de la contemplación purgativa, que en el entendimiento la inteligencia de ella?

A esto se responde que aquí no hiere derechamente este amor pasivo en la voluntad, porque la voluntad es libre, y esta inflamación de amor más es *pasión* de amor que *acto libre* de la voluntad; porque hiere en la substancia del alma este calor de amor, y así mueve las afecciones pasivamente. Y así, ésta antes se llama pasión de amor que acto libre de la voluntad; el cual en tanto se llama acto de la voluntad, en cuanto es libre. Pero porque estas pasiones y afecciones se reducen a la voluntad, por eso se dice que si el alma está apasionada

con alguna afección, lo está la voluntad, y así es la verdad; porque de esta manera se cautiva la voluntad y pierde su libertad, de manera que la lleva tras sí el ímpetu y fuerza de la pasión. Y por eso podemos decir que esta inflamación de amor es en la voluntad; esto es, inflama el apetito de la voluntad; y así, ésta antes se llama, como decimos, pasión de amor que obra libre de la voluntad. Y porque la pasión receptiva del entendimiento sólo puede recibir la inteligencia desnuda y pasivamente—y esto no puede sin estar purgado—, por eso, antes que lo esté, siente el alma menos veces el toque de inteligencia que el de la pasión de amor. Porque para esto no es menester que la voluntad esté tan purgada acerca de las pasiones, pues que aun las pasiones le ayudan a sentir amor apasionado.

4. Esta inflamación y sed de amor, por ser ya aquí del espíritu, es diferentísima de la otra que dijimos en la Noche del sentido. Porque aunque aquí el sentido también lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu; sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido, aunque sin comparación es mayor que en la primera Noche sensitiva, no le tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada ve se puede medir.

5. Pero aquí conviene notar que aunque a los principios, cuando comienza esta Noche espiritual, no se siente esta inflamación de amor, por no haber empezado este fuego de amor a emprender, en lugar de eso da desde luego Dios al alma un amor

estimativo tan grande de Dios, que, como habemos dicho, todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta Noche es ansia de pensar si tiene perdido a Dios y pensar si está dejada de El. Y así, siempre podemos decir que desde el principio de esta Noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora también de inflamación. Y vese que la mayor pasión que siente en estos trabajos es este recelo; porque si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no está enojado, no se le daría nada de todas aquellas penas, antes se holgaría sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimación que tiene a Dios, aunque a oscuras sin sentirlo ella, que no sólo eso, sino que holgaría de morir muchas veces por satisfacerle. Por cuanto ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimación que ya tiene de Dios, tal fuerza y brío suele cobrar y ansia por Dios, comunicándosela el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna ni tener respeto a nada, en la fuerza y embriaguez del amor y deseo, sin mirar lo que hace, haría cosas extrañas e inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofrece, por poder encontrar con el que ama su alma.

6. Esta es la causa por qué a María Magdalena, con ser tan estimada en sí como antes era, no le hizo al caso la turba de hombres principales y no principales del convite, ni el mirar que no venía bien ni lo parecía ir a llorar y derramar lágrimas entre los convidados, a trueque de—sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y sazón—poder llegar ante Aquel de quien estaba ya su alma herida e inflamada. Y ésta es la embriaguez

y osadía de amor, que con saber que su Amado estaba encerrado en el sepulcro con una grande piedra sellada y cercado de soldados, que porque no le hurtasen sus discípulos le guardaban, no le dio lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante, para dejar de ir antes del día con los ungüentos para ungirle (*Jn.*, 22, 1).

7. Y, finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que, creyendo que era hortelano, le había hurtado del sepulcro, que le dijese, si le había él tomado, dónde le había puesto, para que ella le tomase; no mirando que aquella pregunta en libre juicio y razón era disparate, pues que está claro que si el otro le había hurtado no se lo había de decir, ni menos se lo había de dejar tomar. Porque esto tiene la fuerza y vehemencia del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no creen que hay otra cosa en que nadie se deba emplear ni buscar, sino a quien ella busca y a quien ella ama; pareciéndole que no hay otra cosa que querer ni en qué se emplear sino en aquello, y que también todos andan en aquello. Que por eso cuando la Esposa salió a buscar a su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo (*Cant.*, 5, 8) que si lo hallasen ellas, le hablasen diciendo de ella que penaba por su amor. Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara, aunque más le fuera defendido.

8. A este talle, pues, son las ansias de amor que va sintiendo esta alma, cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgación. Porque de

noche se levanta—esto es, en estas tinieblas purgativas—según las aficiones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona u osa va a buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los halla, anda esta herida alma a buscar a su Dios. Porque, como está en tinieblas, siéntese sin El, estando muriendo de amor por El. Y éste es el amor impaciente en que no puede durar mucho el sujeto sin recibir o morir, según el que tenía Raquel a los hijos cuando dijo a Jacob *(Gen.,* 30, 1): *Dame hijos; si no, moriré.*

9. Pero es aquí de ver cómo el alma, sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios, como hace aquí en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse a juntar con Dios. La causa es que como ya el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea quererse unir, juntar e igualar y asimilar a la cosa amada para perfeccionarse en el bien de amor; de aquí es que no estando esta alma perfeccionada en amor, por no haber llegado a la unión, el hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión, y las fuerzas que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha hecho apasionada, la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada, aunque según el entendimiento, por estar a oscuras y no ilustrado, se siente indigna y se conoce miserable.

10. No quiero dejar de decir aquí la causa por que, pues esta luz divina es siempre luz para el alma, no la da, luego que embiste en ella, luz, como lo hace después, antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho antes de esto; pero a este particular se responde: que las tinieblas y los demás males que el alma

siente cuando esta divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta divina luz; pero con ella no puede ver el alma primero, sino lo que tiene más cerca de sí, o por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas o miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veía, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y ésta es la causa por qué al principio no siente sino tinieblas y males; mas después de purgada con el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que esta luz la muestre los bienes de la luz divina; y expelidas ya todas estas tinieblas e imperfecciones del alma, ya parece que se van pareciendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche de contemplación.

11. Pues por lo dicho queda entendido cómo Dios hace merced aquí al alma de limpiarla y curarla con esta fuerte lejía y amarga purga, según la parte sensitiva y espiritual, de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en sí tenía acerca de lo temporal y de lo natural sensitivo y espiritual, oscureciéndole las potencias interiores, y vaciándoselas acerca de todo esto y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las fuerzas naturales del alma acerca de todo ello—lo cual nunca el alma por sí misma pudiera conseguir, como luego diremos—, haciéndola Dios desfallecer en esta manera a todo lo que no es Dios naturalmente, para irla vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antiguo pellejo. Y así se le renueva, como al águila su juventud, quedando *vestida del nuevo hombre, que es criado*, como dice el Apóstol *(Ef.*, 4, 24), *según Dios*. Lo cual no es otra cosa sino

alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que de entendimiento humano se haga divino, unido con el divino; y ni más ni menos, informarle la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor; y la memoria, ni más ni menos; y también las aficiones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así, esta alma será ya alma del cielo celestial y más divina que humana. Todo lo cual, según se ha ido viendo por lo que habemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta Noche, ilustrándola e inflamándola divinamente con ansias de solo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la canción, que dice:

¡Oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada.

CAPITULO 14

En que se ponen y explican los tres versos últimos de la primera canción.

1. Esta *dichosa ventura* fue por lo que dice luego en los siguientes versos, diciendo:

Salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada;

tomando la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y a oscuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se lo

estorbe. Porque como esta alma había de salir a hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse con su Amado divino, afuera, porque el Amado no se halla sino afuera en la soledad, que por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo *(Cant.*, 8, 1): *¿Quién te me diese, hermano mío, que te hallase yo sola afuera y se comunicase contigo mi amor?*, conviénele al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma adormidos y apagados por medio de esta Noche, que son la gente de casa, que, recordada, siempre estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que el alma salga libre de ellos. Porque éstos son los *domésticos* que dice nuestro Salvador en el Evangelio *(Mt.*, 10, 36), que *son los enemigos del hombre.* Y así convenía que las operaciones de éstos con sus movimientos estén dormidos en esta Noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque durante la viveza y operación de éstos no puede ser. Porque toda su obra y movimiento natural, antes estorba que ayuda a recibir los bienes espirituales de la unión de amor, por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio. Y así es menester que le tengan todas las potencias y se hayan pasivamente para recibirle, no entremetiendo allí su baja obra y vil inclinación.

2. Pero fue *dichosa ventura* para esta alma que Dios en esta Noche le adormeciese toda la gente doméstica de su casa, esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma

sensitiva y espiritualmente, para que ella, *sin ser notada,* esto es, sin ser impedida de estas afecciones, etc.—por quedar ellas adormidas y mortificadas en esta Noche en que las dejaron a oscuras, para que no pudiesen notar ni sentir a su modo bajo y natural, y así impidiesen al alma el salir de sí y de la casa de su sensualidad—, llegase a la unión espiritual de perfecto amor de Dios.

3. *¡Oh* cuán *dichosa ventura* es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender, si no fuere, a mi ver, el alma que ha gustado de ello. Porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía, y a cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba a la obra de sus potencias y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza que trae consigo bienes inestimables, como iremos notando algunos de ellos en las siguientes canciones, en que se verá más claro cuánta razón tenga el alma de cantar por *dichosa ventura* el tránsito de esta horrenda Noche que arriba queda dicho.

CAPITULO 15

Pónese la segunda canción y su declaración.

A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada
estando ya mi casa sosegada.

DECLARACION

Va el alma cantando en esta canción todavía algunas propiedades de la oscuridad de esta No-

che, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas respondiendo a cierta objeción tácita, diciendo que no se piense que, por haber en esta Noche y oscuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y horrores, como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse, porque antes en la oscuridad de esta Noche se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la oscuridad de la Noche iba mudado el traje, y *disfrazada* con tres libreas y colores que después diremos; y *por una escala* muy *secreta,* que ninguno de casa la sabía, que, como también en su lugar notaremos, es la viva fe, por la cual salió tan encubierta y *en celada* para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy *segura;* mayormente estando ya en esta Noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que estando despiertos y vivos no se lo consintieron.

Síguese, pues, el verso, y dice así:

A oscuras, y segura.

CAPITULO 16

Explícase cómo yendo el alma a oscuras va segura.

1. La oscuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque todas se oscurecen de su natural lumbre en esta Noche, porque purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas acerca de lo sobrenatural; porque

los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados sin poder gustar de cosa, ni divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover a ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada, sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada; el entendimiento entenebrecido, sin poder entender cosa, y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías e inútiles, y sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajenada de Dios. De esta manera *a oscuras*, dice aquí el alma que iba *segura.*

2. La causa de esto está bien declarada; porque ordinariamente el alma nunca yerra, sino por sus apetitos o sus gustos, o sus discursos, o sus inteligencias, o sus aficiones; porque de ordinario en éstas excede o falta, o varía o desatina, y de ahí se inclina a lo que no conviene. De donde, impedidas todas estas operaciones y movimientos, claro está que queda el alma *segura* de errar en ellos porque no sólo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio, los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

3. De aquí se sigue que cuanto el alma va más a *oscuras* y vacía de sus operaciones naturales, va más *segura.* Porque, como dice el Profeta *(Oseas,* 13, 9): *La perdición al alma solamente le viene de sí misma,* esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos; *y el bien,* dice Dios, *solamente de Mí.* Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengan luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y po-

tencias, en que las hará divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira en ello, muy bien echará de ver cuán poco se le divierte el apetito y las potencias a cosas inútiles y dañosas; y cuán *segura* está de vanagloria y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir a *oscuras*, no sólo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

4. Pero a la duda que de aquí nace luego, conviene a saber, que pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta Noche le oscurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gustar de ellas, ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese que entonces conviene que tampoco le quede operación ni gusto acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y muy naturales; y así, aunque se les de el sabor y trato a estas potencias de las cosas sobrenaturales y divinas, no le podrían recibir sino muy baja y naturalmente, muy a su modo. Porque, como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo del que la recibe. De donde porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino sólo al suyo, que es humano y bajo, como habemos dicho, conviene que sean oscurecidas también acerca de esto divino. Porque destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y humano modo de recibir y obrar, y así vengan a quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma, para poder recibir, sen-

tir y gustar lo divino y sobrenatural alta y subidamente, lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo.

5. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y potencias del hombre con Dios y por mucho que les parezca los gustan, no los gustarán divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente, como gustan las demás cosas; porque los bienes no van del hombre a Dios, sino vienen de Dios al hombre. Acerca de lo cual—si éste fuera lugar de ello—pudiéramos aquí declar r cómo hay muchas personas que tienen mucho gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios o de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, y por ventura no son más que actos y apetitos más naturales y humanos, que, como ıos tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias a cualquier cosa.

6. Si por ventura encontráremos ocasión en lo restante, lo trataremos, diciendo algunas señales de cuándo los movimientos y acciones interiores del alma sean sólo naturales, y cuándo sólo espirituales, y cuándo espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para los actos y movimientos interiores del alma puedan venir a ser movidos por Dios divinamente, primero han de ser oscurecidos y adormidos y sosegados naturalmente acerca de toda su habilidad y operación, hasta que desfallezcan.

7. Oh, pues, alma espiritual, cuando vieres os-